Año II. Barcelona, 31 de Enero de 1901. Núm. 34.

LUZ Y UNIÓN

Organo Oficial de la «Unión Espiritista Kardeciana de Cataluña»

Se publica los días 15 y último de cada mes

Conclusiones aprobadas por la Sección Espírita del Congreso Espiritista y Espiritualista de París:

1.ª Reconocimiento de la existencia de Dios, Inteligencia suprema y Causa primera de todas las cosas.—2.º Pluralidad de mundos habitados.—3.ª Inmortalidad del alma; sucesión de sus existencias corporales sobre la tierra y sobre otros globos del espacio.—4.ª Demostración experimental de la supervivencia del alma humana por la comunicación medianímica con los espíritus.—5.ª Condicionas dichosas ó desgraciadas en la vida humana en razón de lo adquirido anteriormente por el alma, de sus méritos y de sus deméritos y de los progresos que ella tenga todavía que realizar.—6.ª Perfeccionamiento infinito del ser. Solidaridad y fraternidad universales.—7.ª No haber motivo, hasta el presente, para modificar las doctrinas contenidas en las obras fundamentales del Espiritismo escritas por Allan Kardec.—8.ª Necesidad de la oración y elevación del alma humana hacia su Creador, considerando esto como el principal fundamento de la Moral espiritista y el primer deber de todo adepto.

SUMARIO

SECCIÓN OFICIAL.—SECCIÓN DOCTRINAL: En nuestro puesto, *por D. E. P. Corsejo*.—¡El gran problema!, *por D. M. Serrot*.—Una aparición y una casa espiritada, *por el Dr. Moutin*.—SECCIÓN CIENTÍFICA: Los secretos del Sol, *por D. H. R. Rogers*.—El misterio del sueño, *por D. José E. Corp*.—Pensamientos, *por D. Victor Hugo*.—SECCIÓN LITERARIA: Un cuadro triste, *por D.ª Amalia Domingo Soler*.—¡Hay mas allá!, *por D. F. D. C.*—Cartas á X, *por D. Z.*—La buena reina, *por D.ª Cármen Sylva*.—AGRUPACIONES.—Hojillas sueltas, *por don X. X. X.*—MOVIMIENTO ESPIRITISTA.—NECROLOGÍAS.—BIBLIOGRAFÍA.—VARIEDADES: Una profecía.—Tomemos ejemplo.—El grillo.—CRÓNICA.

SECCIÓN OFICIAL

La Comisión Directiva, cumpliendo el acuerdo adoptado en la última Asamblea relativo á la constitución de la Unión Espiritista Kardeciana Española, ha nombrado la ponencia encargada de redactar los estatutos y reglamentos que deben regir en la nueva entidad.

Componen dicha ponencia, los individuos de la Comisión Directiva, don Eduardo Estapá, vice-presidente del Centro Barcelonés; D.ª Amalia Domingo Soler, en representación del Círculo «La Buena Nueva», de Gracia y D. Feliciano Oliveras, por la del Centro «La Esperanza», de San Martín de Provensals.

Cuando la ponencia haya terminado su cometido, se insertarán en la Revista dichos Estatutos y Reglamentos, á fin de que las entidades tanto efectivas como adherentes que componen la Unión, puedan estudiar detenidamente dichos trabajos y discutirlos y aprobarlos, con las modificaciones que en su caso se acuerden, en las sesiones de la próxima Asamblea constitutiva.

P. A. de la J. D.
El Secretario,
Eduardo Pascual.

SECCIÓN DOCTRINAL

EN NUESTRO PUESTO

Cuanto rica y cuantiosa la herencia que á los siglos subsiguientes lega el que acaba de transcurrir, tanto ha de ser vasta y compleja la labor que el nuevo siglo está llamado á desarrollar en todas y en cada una de las manifestaciones del humano conocimiento.

En los fastos de la humana historia ¡cuán fecunda y trascendente la centuria finida poco ha!

Cierto que, como en sus inicios, fustiga todavía la raza del Adan bíblico el bárbaro azote de la guerra, que las naciones más cultas fían aún á la fuerza el derecho, apelando, para dirimir sus comunes diferencias, á las sangrientas hecatombes humanas; cierto asimismo, que la lucha por la vida, vorágine insaciable, consume y desgasta las humanas existencias, y que, desconocida y hollada la ley de amor y solaridad, sigue siendo, en muchos casos, el *homo, homini lupus;* pero ¿cómo desconocer que el siglo XIX, hizo dar á la Humanidad pasos de gigante en la senda de su elevación y su progreso, que la disponen y hacen apta para ulteriores y más rápidos avances?

El soplo asolador de la gran Revolución que hizo extremecer al mundo viejo y derribó con estrépito el carcomido régimen antiguo, fué ráfaga de lo alto que vino á sanear la atmósfera terrestre, á purificar el ambiente social en que se asfixiaba la Europa de fines del siglo XVIII.

Al grito mágico de los nuevos ideales, irguióse altiva la humana personalidad. Y despertando, de su letargo secular, lanzóse á exigir y conquistó su puesto en el banquete de la vida al que se acercaban entonces, únicamente, la Realeza y las clases privilegiadas.

¡Tremenda sacudida la que repercutió en todo el mundo civilizado! La consagración de los derechos del hombre, empero, fué impulso titánico que, á través de los más turbulentos períodos de la Historia, elevó el ideal humano á las cimas altísimas desde las que contemplará aún por mucho tiempo, cómo pugnan por llegar á su nivel, bien que lenta y penosamente, combatiendo mil obstáculos y contrariedades, tras dilaciones y tropiezos sin cuento, las sucesivas generaciones, cuantos pueblos y razas habitan y cuantos en muchos siglos han de habitar, en lo porvenir, el planeta en que hoy vivimos.

Y cuando, subvertida al fin la decrépita organización social, cuando la deshecha tempestad hubo calmado, el siervo de la Edad medio-eval buscó nuevos rumbos, una nueva orientación para el ideal de la vida.

A la luz del relámpago de aquella tormentosa noche social, pudo ver la horrible fealdad del ídolo ante el cual se prosternara sumiso y humillado durante continuadas centurias, y le escupió el rostro con ira.

Dias de intermitente y relativo sosiego suceden á los agitados y turbulentos periodos que aún conmovían la Europa en los primeros años del siglo XIX. Hasta que poco á poco, fué elaborándose un mejoramiento material y moral, el cual, si mucho ha de evolucionar todavía, evidentemente ha sido, en el decurso de la centuria, mayor y más generalizado que el de toda época anterior.

Porque, simultáneamente, y como así dispuesto por la Inteligencia suprema que rige los mundos y las humanidades, fueron sucediéndose unos á otros los maravillosos inventos, los grandes descubrimientos que permiten difundir por toda la tierra con rapidez antes jamás imaginada los continuados progresos de la Filosofia y de la Ciencia, los cuales, á medida que dulcifican gradualmente para las humanidad terrícola las groseras exigencias de la materia, van libertando el pensamiento y la conciencia de tutelas y vasallajes ominosos cuanto absurdos.

La especulación filosófica había germinado; y la Europa, el mundo, terreno abonado y apto á la sazón, recogía el fruto de la simiente antes esparcida. La Ciencia, en tanto, impulsada por la Filosofía, iba arrancando á la Naturaleza sus velados secretos; libre de tradicionales prejuicios indagó, controvertió y probó por fin, para derribar y pulverizar fábulas y consejas absurdas que las Religiones positivas asentaban como verdades inconcusas é intangibles.

La Filosofía, la Ciencia, las Artes Bellas, como las útiles y las Industrias todas, en admirable y lógica concatenación, alcanzan al terminar la décima nona centuria, tan excelso nivel, línea tan alta que, en sus inicios,

el suponerlo solo hubiera sido juzgado una quimera, delirio de un cerebro enfermo, utopía sin par.

La utopía, empero, es hoy una verdad palpable; el sueño realidad. Y ese prodigioso avance de la humana inteligencia viene á culminar, por último, en la expléndida féria del mundo, soberbio alarde de la civilización del siglo, ofrecida y realizada el año último por la siempre grande y culta entre las cultas, nación francesa.

Nada faltó para la gloria y honor del maravilloso certámen. La Nueva Enseñanza, la Doctrina regeneradora, en el decurso del gran Siglo renovada por voluntad y mediación de los invisibles del espacio, hubo de manifestarse simultáneamente, de una manera pública, ostensible, solemne. El Congreso Espiritista y Espiritualista reunido en París durante la Exposición Universal última es, en efecto, el jalón de oro que dirá á las generaciones futuras: «Hasta aquí llegó, al finalizar el siglo XIX, la ola siempre ascendente de la Nueva Revelación, la Ciencia de las Religiones: hasta aquí habían llegado en el primer medio siglo de su peregrinación, las huestes espiritistas.»

Al comenzar la centuria nueva, ¿cuál ha de ser, pues, nuestra actitud? ¿Qué otra cosa podemos hacer sino insistir é insistir sin descanso, en la labor comenzada, esforzándonos por contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, al estudio y propagación del ideal espírita, tarea en la que nos guían é instruyen tantas inteligencias superiores?

Pues que hombres de los más eminentes entre los que cultivan el arbol frondoso del humano saber, han convenido categóricamente en la realidad de los hechos espiritistas; pues que la fenomenalidad espírita obtuvo, al fin, tras ruda lid por cierto, la sanción de la ciencia, la Enseñanza Nueva dió, ha tiempo ya, sus primeros pasos en el camino de su generalización, dejó de ser la elucubración del sabio, para convertirse en la noción precisa, clara y sencilla que, como el aire ambiente, estará en día no lejano, al alcance de todos para que á todos sea dado utilizarla y apropiársela á medida de su voluntad.

Predicar nuestras creencias, divulgar las doctrinas que con tal fin comunican los Espíritus es, para nosotros, no un derecho, sino un deber.

Laboremos, pues. Difundamos á los cuatro vientos las verdades de la Nueva Revelación, para que, arrojada al aire la simiente, se esparza dentro de un radio cada vez más estenso, y germine y fructifique para bien de la humanidad, para consuelo de las almas que gimen agobiadas por la duda ó torturadas por el escepticismo, para alimento y guía de la razón humana sojuzgada aún por absurdos dogmas, por vetustos prejuicios, por toda una espesa malla de imposturas y artificiosos convencionalismos; cuando no indiferente y, por ende, solicitada por las turbias corrientes de inconsciente y grosero materialismo.

Cada uno dentro del límite de sus facultades, en la debida proporción de sus fuerzas, debe contribuir á esa que es misión común á cuantos hemos columbrado la luz de la Revelación nueva.

El docto, como docto; el ignaro como tal, nadie ha de juzgarse exento de ese deber. La fe razonada que el moderno Espiritismo infunde á sus adeptos es potencia bastante á hacer fructuosa esa labor. No fué otra la que obró maravillas cuando el Cristianismo, apenas nacido, tuvo por sus propagandistas á Pedro el pescador y á sus humildes compañeros de apostolado.

Vasto campo, extensos horizontes extiende ante nuestros ojos el Espiritismo, así en los dominios de la filosofía como en los de la experimentación científica. En unos y en otros puede espaciarse á su sabor la inteligencia humana. En sus incesantes, sucesivos avances, no han de escasearle la materia para sus investigaciones, temas nunca agotados para sus disquisiciones.

Que todo adepto prodigue, pues, sus peculiares aptitudes á fin de que, unidos mano con mano, ascendamos, á la par, por la senda de nuestro progreso, realizando así el *sursum corda* pronunciado por las Potencias del Espacio. Así volará de unas á otras gentes esa Verdad que fulguró al fin sobre los hombres para iluminar sus inteligencias, y para guiarlos, avanzando siempre, hacía su ideal último.

Laboremos, sí. Y pues es la enseñanza espiritista, progresiva y perceptible y, á la inversa de las religiones humanas, evoluciona en progresión eterna, laboremos, inquiramos, enseñemos y aprendamos, como de los Espíritus, de los encarnados que, más avan-

zados que nosotros, nos preceden en nuestra ruta ascensional.

Difundamos la luz. Que la Verdad irradie sus vívidos fulgores. Reflejemos éstos, sus adeptos, por cuantos medios nos sugiera nuestra fé ilustrada y sancionada por la razón.

¡Cuán meritoria la obra de quien, merced á sus superiores dotes y á su personal diligencia, consigue aportar al común acervo una verdad nueva, una fase antes desconocida de las que son ya del dominio común! Vengan enhorabuena esos progresos que, controvertidos y analizados, harán quizá rectificar nuestros puntos de vista actuales, enmendar y correjir yerros de nuestra limitada capacidad.

Y sean, á la postre, para el mayor esplendor y auge del Espiritismo, así las trascendentales y luminosas concepciones de las inteligencias superiores, como los humildes esfuerzos del mayor número para comprenderlas, asimilárselas y publicarlas á los cuatro vientos, después de aquilatadas por la discusión y el análisis, por las inspiraciones y revelaciones de los Espíritus debidamente acrisoladas; cuando sancionadas, en una palabra, por los trámites y con los requisitos aceptados y acatados por el Mundo Espiritista.

En la modesta esfera en que á nosotros nos es dado hacerlo, laboraremos incansables: á ello estamos firmemente resueltos.

Sondearemos, por tanto, con ávidas miradas á través de los inconmensurables dominios del Saber en los que nos orientan y preceden nuestros hermanos más adelantados, así de un mundo como del otro, mientras huellan nuestras plantas el trillado y sólido terreno del Espiritismo, en lo que éste tiene de moral práctica, de culto ferviente y puro de la virtud y del deber. Tal es el círculo que nos circunscriben nuestra aptitud y nuestra fé en los ideales espiritistas. Tal entendemos ha de ser la finalidad de nuestros modestos cuanto sinceros esfuerzos.

¡Que las Potencias del espacio y nuestros guías invisibles nos iluminen y conforten al iniciarse el siglo en que hemos ya deslizado nuestro pié!

¡El Padre haga que sea nuestro labor tan fecunda como nosotros lo ambicionamos!

E. P. Cerezo.

¡EL GRAN PROBLEMA!

(Continuación)

III

Pruebas morales

Apostol del materialismo, que cual chiquillo lloras la pérdida de tu hijo, arrebatado á tu cariño por la despiadada muerte, cuando era tu encanto y en quien habías fundado las más halagüeñas esperanzas; seca tu llanto, no seas insensato, sé lógico.

¿Cómo vas á persuadir á los demás de que el amor es una tontería, si tu gimes bañado en lágrimas, como una mujerzuela? ¿Tienes algo que ver, acaso, con tu hijo? Que te amaba, me dices. ¿Y qué? ¿Era por ventura aquel amor otra cosa más que el resultado del funcionamiento de las células cerebrales, de las cuales nada queda, toda vez que las moléculas componentes de dichas células han ido á mezclarse en el infinito torbellino de los átomos? ¿Qué queda del que fué tu hijo? Nada.

Los elementos que componían á su personalidad, faltos del resorte vital que los mantenía unidos, andan dispersos; muchos de ellos tal vez, son patrimonio de otra persona. ¿Porqué guardas, pues, su retrato? ¿Porqué te complace el relato de su talento, de su bondad y de sus gracias? No seas inconsecuente. No seas filósofo á medias; sé filósofo del todo y no te acuerdes jamás de tu hijo, que si que lo enseñas es verdad, poco, muy poco tenía que ver antes contigo y nada absolutamente tiene que ver ahora.

Esta, por absurda y mortificante que sea, es la consecuencia lógica del credo materialista respecto al amor. Si, según esta doctrina, la ternura, el altruismo y la caridad, en todas sus formas, son debilidades del corazón humano, que es necesario destruir y curar con

el tónico infalible de la verdad materialista.

Madres que adorais á vuestros hijos; hijos que amais á vuestros padres, no vivais engañados, no seais por más tiempo víctimas de esa ilusión llamada amor. Si el corazón estorba, con sus irreflexivos impulsos, para descubrir la realidad, arrancáoslo de una vez para no vivir engañados.

Fuera ilusiones. Aquí no debe haber más amor que el de sí propio. Todo ha de ser por y para el cuerpo, y como quiera que los intereses de orden espiritual, (ciencia y amor), son antitéticos de los materiales, siendo éstos los realmente positivos, es necesario desterrar aquéllos de la imperfecta naturaleza humana.

De este modo iremos perfeccionando esta naturaleza, elevándola hasta llegar al bello ideal, personificado, si vale la frase, *en el perro de casa rica.*

Según la *verdad* materialista Jesús ha sido el más grande bellaco de la tierra, y el tan ponderado sermón de la montaña un conjunto de máximas absurdas, cuya práctica arguye lamentable tontería.

Los mártires de la ciencia y del amor á la humanidad no son tales mártires; son pobres mentecatos, locos especiales, más dignos de compasión que de gloria.

La moral materialista va dirigida exclusivamente al cuerpo. Su fórmula fundamental puede condensarse así: *vivir mucho y bien.*

Debe, por lo tanto, reputarse virtuoso todo acto que tienda á realizar dicha fórmula. Si para conseguirlo se ha de atropellar, se atropella; se aniquila. El más fuerte, como privilegiado de la naturaleza, será un tonto si no se aprovecha de su privilegio. Nada de sensiblerías y romanticismos.

En cambio, el débil tiene el deber de someterse á los caprichos y exigencias del fuerte, á no poseer la *gran virtud* de la astucia, con la que, supliendo á la fuerza, pueda neutralizar la del opresor.

Resulta, por consiguiente, soberanamente estúpido el trabajo del hombre en pro del progreso, de la ciencia, de la justicia y demás chifladuras. Lo lógico, racional y positivo es la lucha por la existencia; lucha de fieras.

En resumen; las dos *virtudes cardinales* de la filosofía y de la moral materialista son *la fuerza y la astucia.* ¡Ay de los ingénuos! ¡Ay de los débiles! Un revolver es la única solución á su desdicha.

Todo el secreto de esta moral estriba en evadir la acción fundada en un derecho muy discutible, pues siendo los actos humanos resultantes del exceso ó falta de desarrollo de ciertas regiones del cerebro no tiene el ser humano manera de sustraerse á los fatales y automáticos efectos de tal ó cual organización cerebral. Ni el crimen es el crimen, ni la virtud virtud. Todo es puro automatismo, juego de mecánica. ¿Quién va á pedir responsabilidad á un cardíaco porque se ahoga y á un diabético porque sus riñones producen azúcar? Esta es la resultante lógica del materialismo. ¿Quién la admite?

No hay, no puede haber corazón ni inteligencia alguna que deje de protestar enérgicamente contra tan disparatadas é inhumanas conclusiones.

Resulta, pues, que, ó hay que negar valor y realidad positiva á la que llamamos moralidad, justicia, amor y elevación de miras ó negar el carácter de verdad al materialismo. Ante este dilema, la conciencia universal se afirmará cada día con más decisión y con mayor acopio de pruebas, en la tradicional creencia del alma espiritual y eterna.

IV

Pruebas científicas

En este terreno es donde el materialismo ha encontrado los más pode-

rosos elementos para su triunfal marcha durante la segunda mitad del siglo 19.

Desertores los pueblos de los dogmas absurdos, impuestos en nombre de la fé, gracias al principio del libre exámen, proclamado por la revolución francesa, dirigieron sus miradas á la Ciencia, en busca de verdades que les sirvieran de guía.

Analítico por excelencia el método adoptado por la sociedad moderna, solo la observación y la experimentación han sido consideradas como fuentes legítimas de certeza. La ciencia ha sustituido á la revelación; la razón á la fé, ensanchándose de tal modo el orden natural que del sobrenatural nada queda. Los descubrimientos realizados en nuestros tiempos en el orden científico, hubieran sido milagrosos y sobrenaturales en la unidad media. Y ¿quién es capaz de calcular las sorpresas que el porvenir nos reserva? ¡Bendita ciencia! tu, por el conocimiento de la verdad absoluta nos acercas á Dios.

Es de justicia agradecer al materialismo el enorme impulso que ha dado al progreso científico. Así debe constar en el progreso que haga la posteridad sobre la provechosa influencia de dicha filosofía en la marcha evolutiva de la humanidad.

Pero, una vez hecha la justa declaración que antecede, es necesasio manifestar, que si bien los materialistas han descubierto interesantes y útiles verdades, no han sabido ser lógicos en lo que respecta á las deducciones que de dichas verdades se derivan!

Tanto es así, que sus mismos descubrimientos en lo referente ó Anatomía á Biología, habían de servirnos de pruebas positivas en favor de la existencia del alma humana. Es que la verdad psíquica, no puede estar en pugna con la verdad física, toda vez que entre las verdades nunca puede haber oposición ni repugnancia.

La verdad fundamental *yo soy*, atestiguada por la conciencia, la razón y el sentimiento, no podrá jamás ser destruída por la ciencia; antes al contrario, por ley de harmonía, puede afirmarse, que cuantos más descubrimientos científicos se realicen, más potente resultará la verdad psicológica.

Entremos ya en materia y veamos cómo explican los partidarios del materialismo el funcionamiento psíquico. «Por medio de los sentidos entran los estímulos de lo eterno, llegando al cerebro por conducto de los nervios especiales. Al recibir las células cerebrales, asociadas entre sí por ciertas expansiones nerviosas, las impresiones externas tienen la facultad de producir, no solo la representación de lo externo, sino también la conciencia de dicha representación. De tales imágenes virtuales, nace, dicen, la inteligencia y la voluntad.»

De manera que la inteligencia y la voluntad son pura y simplemente un resultado de la actividad funcional de la masa encefálica, á la manera que la bilis es un producto del funcionalismo del hígado.»

Esta es, expuesta *groso modo,* la doctrina materialista respecto al orígen y génesis de la inteligencia y de la voluntad. Así vemos que Vogt no vacila en afirmar, que «todas las facultades comprendidas bajo la denominación de facultades del alma, no son más que funciones de la substancia cerebral.» Los pensamientos, dice, tienen con el cerebro casi las mismas relaciones que la bilis con el hígado y la orina con los riñones.»

Spencer, por otra parte, dice, aunque sin tomarse la molestia de probarlo: «lo que llamamos cantidad de conciencia está determinado por los elementos constitutivos de la sangre.» Y, por último, Taine asegura, porque sí, «que todos los actos humanos son productos fatales de la substancia cerebral; el vi-

cio y la virtud son productos, lo mismo que el vitríolo y el azúcar.»

Con las anteriores citas queda expuesta clara y concretamente la filosofía materialista, cuyo análisis precisa realizar, pues, no es de suponer que los apóstoles de dicha filosofía tengan la pretensión de que hemos de creerles bajo su palabra.

Ellos mismos, con su conducta, nos han enseñado á romper con el *magister dixit.* Ellos son los que analizando y destruyendo los absurdos de la tradicional psicología, han instituido, con muy buen acuerdo, el método rigurosamente científico y positivo. ¡Abajo toda infalibilidad! decimos también nosotros. Vengan hechos, para inducir de ellos, por medio de la razón y de la lógica, la ley general que los determina.

Este es precisamente el método que nos proponemos seguir para llegar precisamente á una conclusión diametralmente opuesta; esto es, que la inteligencia y la voluntad no son producto de la materia, sino que son propiedad del alma humana.

Y téngase en cuenta que los hechos que vamos á aducir no son nuestros, han sido recogidos y relatados por nuestros adversarios.

M. Serrot.

Una aparición y una casa espiritada

Siendo yo muy joven, marchaba un día por el tortuoso sendero que, partiendo de la casa en que se deslizó mi infancia, atraviesa la pequeña montaña de M... En la época de las grandes vacaciones tenía por costumbre ir diariamente á la Iglesia de M... á ver al bueno del cura; pero, sobre todo, con el intento de jugar con su sobrino, niño, á la sazón, de mi misma edad á quien yo quería mucho.

Por lo común regresaba á mi casa á la caída de la tarde, si bien algunas veces retardábame algo más, los días de gala especialmente, en que me quedaba á comer en compañía de mi amiguito. Para volver á mi casa érame forzoso pasar por delante del cementerio de la aldea; pero yo no había sentido nunca ese miedo que ordinariamente tienen los niños del campo, cuando se hallan, de noche, en las proximidades de esos fúnebres lugares.

Y aunque había oído con frecuencia á los aldeanos referir historias de aparecidos y hablar de los fuegos fátuos que, para los campesinos, en la época á que alcanza mi memoria, no eran otra cosa que las almas de los muertos, era yo entonces demasiado vivo de carácter para que prestara atención á tales supersticiones; y esos cuentos no dejaban huella alguna en mi cerebro juvenil.

Mas un día que volvía á mi hogar algo más tarde que de costumbre, hube de experimentar, al pasar por delante del cementerio, una cierta aprensión que tuvo la mayor analogía con el miedo, hasta el punto de que apresuré el paso y no me tranquilicé mientras no hube dejado atrás el *campus mortuorum.*

Habiendo ascendido la colina, encontréme en la pequeña meseta desde la cual veía ya las luces de mi casa. En ese momento no quedaba en mi ánimo rastro alguno de la emoción que sentí al pasar por delante del cementerio. Restábame sólo un pequeño trozo de camino para verme de nuevo en mi domicilio.

La noche era hermosa, el tiempo expléndido. Titilaban en el cielo las estrellas. Sin pensar, por decirlo así, en nada, seguía yo ligero mi camino, cuando en una vuelta de éste ví, á la luz de la luna, ¡una mujer!... Creí en el primer momento que fuera alguna aldeana que volvía á su casa, y di unos pasos rápidos para acercarme á ella... pero me quedé luego como petrificado... Ví distintamente, muy distintamente, que la mujer aquella no caminaba, sino que se deslizaba lentamente delante de mí, y que sus piés distaban, por lo menos, unos 0'40 centímetros del suelo.

La aparición avanzaba precediéndome; por consiguiente, yo no la veía más que por la espalda, y, no obstante, pude darme cuenta de todos los detalles de su vestido, los que tengo tan presentes hoy como aquel mismo día.

Pocos minutos persistió la visión; después, todo volvió á quedar y ser como antes. Inútil es decir que los talones me llegaban á la nuca durante la carrera que emprendí para llegar cuanto antes á casa. Había sufrido uno de esos miedos que no se olvidan nunca.

Una vez en casa, mi madre que notó enseguida mi agitación. Quiso saber la causa, y yo que apenas podía hablar, díjele lo que acababa de ver, insistiendo sobre ciertos detalles del traje de la aparecida en los que había fijado más la atención. Grande fué mi sorpresa cuando observé que de pronto mi madre se ponía pálida, y que un torrente de lágrimas bañaba su rostro... Y me dijo *que indudablemente yo había visto á su madre, mi abuela, que tanto me había querido.* Habíala reconocido por las particularidades del vestido, particularidades que yo no podía conocer, ya que no me hallaba en el país al ocurrir su muerte, y de las cuales jamás se había hablado en mi presencia.

La casa espiritada

Veinte años han transcurrido y sin necesidad de consultar apuntes, los detalles de los hechos que paso á referir están presentes en mi memoria.

Había yo oído hablar alguna que otra vez de fenómenos raros, de espíritus golpeadores, de mesas parlantes, etc.; pero no había visto todavía nada de todo ello, y era excéptico en la materia.

Hallándome, empero, de temporada en casa de la Sra. Marquesa de F... en su *chateau* de R... tuve ocasión de cerciorarme de algunos fenómenos singularmente raros.

Tras una jornada de caza, los convidados de la Marquesa, rendidos por el cansancio, pensaban más cierta noche, en descansar, que en la música y en el baile que, á diario, nos hacían pasar el tiempo, en espera de la hora de irnos á dormir.

No sé porqué casualidad á uno de aquellos señores hubo de ocurrírsele hablar de los fenómenos del Espiritismo. Era el tal excéptico por completo y se burlaba con la mayor amabilidad de aquellos hechos. Y los demás tardamos poco en hacerle coro. Pero la señora de la casa nos recomendó mucho que no nos riéramos de los aparecidos, porque ella misma — dijo — había tenido ocasión de oirlos... Quedamos todos mudos al instante, y mirándonos los unos á los otros con miradas de interrogación.

«Vds. conocen—añadió la Marquesa—la casa que poseo allá en lo más alto de la aldea, y saben que está deshabitada. Pues bien. No hay en toda la comarca una sola persona que se aventure á permanecer en ella tan solo dos horas, durante el día y, mucho menos, durante la noche.»

Creíamos todos que la Marquesa se disponía á relatarnos alguna historieta para pasar el tiempo. Pero no era así. Hablaba con toda seriedad, y, lo que oímos el día siguiente, nos convenció de que no había exagerado en nada. Convínose, pues, en ir el día inmediato á comer en la casa espiritada y pasar en ella parte de la noche.

Y ese día, á la hora de comer, éramos unas diez personas sentadas á la mesa, en la casa referida. Mientras se aguardaba la llegada de los espíritus reíase y discutíase la posibilidad y la imposibilidad de las cosas tratadas en las conversaciones de la víspera. Eran las nueve de la noche y nada insólito había sucedido. Habíanse visitado, antes de la comida, los sótanos, los graneros, todas las piezas de la casa, sin que se encontrara en ninguna de ellas cosa alguna anormal. A las nueve y diez ó doce minutos próximamente, oyóse un golpe formidable en la pieza contigua al corredor y, en ese mismo momento, oímos *todos, muy claramente, pasos de un hombre que calzaba botas con espuelas: y distinguimos hasta el ruido metálico particular que las espuelas producen...* Precipitámonos todos en aquella habitación; pero nada vimos. Las ventanas estaban bien cerradas, todo estaba en su orden habitual. A partir de ese momento comenzó la zambra que no puedo decir cuándo terminó, pues que me vi obligado, por consideración á las damas allí presentes, á batirme en retirada, después de media hora de infructuosas persquisiciones en busca de la causa de aquel alboroto que *todos oíamos* y que aumentaba en intensidad cada minuto...

Oyéronse, al principio, golpes sordos, dados en todas direcciones: bajo nuestros piés, sobre nuestras cabezas; lo mismo en la sala en que nos hallábamos que en las piezas cercanas. Después, pasos marcadamente cadenciosos, puertas que se abrían y se cerraban violentamente, etc., etc.

Los sabios oficiales y los escépticos encon-

trarán, sin duda, una explicación fácil de tales hechos: los clasificarán en los dominios de la alucinación colectiva y afirmarán que son puramente subjetivos y en modo alguno objetivos.

Por lo que hace á mí, sin embargo, puedo asegurar una cosa: no soy en modo alguno alucinable, y carezco de toda predisposición á la sujestión. Por otra parte, he visto posteriormente muchos fenómenos extraordinarios, en unión de investigadores y de sabios, minuciosamente analizados y comprobados, y, por tanto, reales.

Mi convicción está, pues, formada. Y siendo ello así, confío en que, andando el tiempo, los espiritistas llegaremos á probar á los excépticos de todas las especies, la veracidad absoluta de estos innegables hechos.

DR. MOUTÍN.

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS SECRETOS DEL SOL

(Continuación)

Los sabios saben perfectamente que el espacio universal se halla sumido en absoluta obscuridad, y sin embargo consienten que las demás gentes lo ignoren, infligiendo á la ciencia un estigma que de rechazo cae sobre sus autores. La voz interior de la razón nos dicta desde hace tiempo la necesidad del cononocimiento y de una aplicación de este gran principio: «*La obscuridad obsoluta del espacio infinito*». El hecho evidente de la obscuridad universal en el espacio, es fatal para toda teoría emitida acerca del sol, por consiguiente, no teniéndolo en cuenta, todas esas teorías son necesariamente absurdas. La idea que se adquiere del sol con sus rayos deslumbradores satisface por lo visto á todos los hombres, cualquiera que sea su grado de inteligencia, desde los más instruidos hasta los más ignorantes.

Pero el sol, como tendremos ocasión de ver, es otra cosa; no es lo que hasta ahora se ha creido. Nadie niega que se halla rodeado, así como las estrellas, por la obscuridad universal; nosotros afirmamos que en su superficie no se engendra ni el más sencillo rayo de luz, y que, aun cuando así no fuera, la luz no podría llegar desde el sol á la tierra á través de noventa y tres millones de millas de absoluta obscuridad. Que el sol puede ser perfectamente sombrío, frío, habitable y lleno de vida, de inteligencia y de belleza, del mismo modo que la tierra, se ha demostrado con hechos bien conocidos é indiscutibles.

Cualquier niño aprende en las escuelas al mascullar las primeras nociones geográficas, que las cimas de las más altas montañas están cubiertas de nieve y de hielo eternos, y que el frío aumenta rápidamente acercándose al sol. Estos hechos demuestran positivamente que ni el calor ni la luz pueden venir á la tierra desde el sol. Así, pues, el escolar más humilde armado de un elemental tratado de geografía, podría facilmente derribar y destruir todas las teorías emitidas acerca del sol. ¡Qué espectáculo! ¡Qué afrenta para nuestro siglo!

El hecho de que el sol puede ser tan obscuro, frío y habitable como la tierra, ha sido demostrado por vez primera hace 300 años. Jaime Metius, holandés, modesto fabricante de lentes, llegó á ser un inventor al cual se debe un gran descubrimiento.

Según Galileo, Metius fué quien inventó el telescopio. Se ha atribuido generalmente á Galileo este descubrimiento, pero él mismo nos dice que leyó la descripción de un instrumento inventado por un holandés, y de esta descripción se sirvió para construir su telescopio. Pero el telescopio con su potencia maravillosa y sus asombrosas revelaciones, no fué la obra más grande de Metius. Construyó una lente con un pedazo de hielo y con ella hizo converger los rayos del sol á un foco donde pudo encender substancias combustibles.

Ninguna persona dotada de la facultad de pensar ó de razonar se atreverá á afirmar que el calor y la luz pueden llegar á través de un espacio de noventa y tres millones de millas de frío y de obscuridad, ni á través de una lente de hielo para encender un combustible.

No se hallaba Metius, en aquella época, en estado de comprender la importancia de su experimento, y el sencillo fenómeno de la lente de hielo ha llegado hasta nosotros á través de los siglos sin ser explicado. Se me ha concedido el ho-

nor y la dicha de ser el primero en comprender y explicar su valor y su alta significación

La lección que nos suministra esa lente es de una importancia capital; ella revela uno de los principios vitales de la ciencia que el hombre está á punto de concebir y es que *algo* que no es ni caliente, ni brillante, pasa instantánea y libremente en un vaivén continuo entre el sol y la tierra, entre todas las estrellas del firmamento, y lleva á la atmósfera de cada uno de estos astros cierta potencia de calor y de luz; la experiencia de la lente de hielo nos enseña que la tierra y las estrellas se iluminan y se calientan por un agente y un procedimionto que la ciencia no ha podido jamás explicar.

Este *algo* maravilloso, este *espíritu*, esta *alma* del universo capaz de obrar instantáneamente en medio de cien millones de estrellas, no es ya un misterio, puesto que se ha demostrado que es la electricidad.

La electricidad, pues, constituye por sí sola la fuerza universal. Ella puede suministrar la potencia deseada é indispensable á esa fuerza universal. Todos los fenómenos físicos, toda forma ó manifestación de fuerza, sin ninguna excepción, pueden referirse á la simple transformación de la energía eléctrica.

Pero si en la naturaleza no hay más que una fuerza única y esta fuerza es puramente eléctrica, el calor del sol, la gravedad, todas las acciones vitales y las reacciones químicas, el viento, el sonido, la evaporación, la descomposición, la cristalización, etc., etc., hallarán su explicación en el principio eléctrico. Esto se puede hoy perfectamente demostrar.

¿Cómo puede desarrollarse la electricidad en cantidad suficiente para satisfacer la demanda de fuerza hecha constantemente por el universo entero?

Fácilmente se puede contestar á esta pregunta. La tierra es un imán que tiene un eje magnético, un polo norte ó positivo, y un polo sur ó negativo. Este imán terrestre está lleno hasta con exceso del principio eléctrico; este principio se extiende al exterior más allá de la superficie *visible* de la tierra y en gran parte constituye principalmente la atmósfera. El sol, así como todas las estrellas, son imanes polarizados en la inmensidad.

Si el imán solar se hallase aislado en el espacio, no podría ejercer ninguna influencia sobre sus vecinos celestes; pero el sol *en movimiento*, accionando y reaccionando de consuno con la tierra y los demás astros, se halla provisto de su grande y vastísima potencia. Este imán y los que forman las estrellas por virtud de sus *movimientos* se convierten en imanes-dinamos, en toda la fuerza que el término implica. ¡Qué resultados tan prodigiosos se hallan contenidos en este hecho! Nada menos que una reconstrucción nueva de la filosofía física sobre la base de un verdadero principio, el más elevado, el más grande y más sublime en todo el dominio de la ciencia cósmica, es decir: «LA ENERGÍA DEL MOVIMIENTO CELESTE».

Este principio no es nuevo: Aristóteles lo concibió y definió con estas palabras: «*Toda fuerza es debida al movimiento, la impulsión del movimiento de los cuerpos celestes*». No podía él entonces demostrar la verdad de su concepción y nos ha llegado inexplicable al cabo de 23 siglos; sin embargo, veinte y cinco años de estudios en este campo particular me han permitido comprobar y demostrar esta profética inspiración.

Se sigue de aquí que el titulado *poder abrasador, ardiente*, la *muerte lenta* de las estrellas soles debe ceder su puesto al de los soles en *movimiento;* las estrellas soles brillantes, engañadoras y disipadoras de la fuerza, mantenidas por la ciencia presente, debe rechazarse ante los soles alumbrados y calentados sin ningún gasto y sin ninguna pérdida. La fuerza universal tiene su manantial en la impulsión ó en la potencia que empezó por poner las estrellas en el espacio vacío. La ciencia nos enseña que una vez puesto en movimiento un cuerpo en el vacío, continúa moviéndose con la misma velocidad eternamente.

Este método de alumbrar y de calentar el universo de estrellas, puede justamente llamarse *Método Divino*.

El sol y las estrellas no están inactivos, accionan realmente entre sí moviéndose cada uno en la proporción de su masa y de su velocidad. Su manera de actuar puede definirse así: Si trazamos dos líneas desde los dos bordes extremos del diámetro exterior del sol y de la tierra de modo que sean tanjentes á los dos, estas líneas formarán un espacio cerrado en punta, en que el sol se hallará en la parte más ancha y la tierra es la más

pequeña, dando á este espacio la forma de un cono truncado. En el interior de este espacio existe una incesante circulación actuando con movimiento de ida y de vuelta constantes; el calor, la luz y la gravedad son el resultado de corrientes eléctricas que marchan de ese modo desde el sol á la tierra. Esta mútua acción es la que nos dá la clave de la nueva filosofía.

El sol, de 2.500.000 millas de circunferencia gira sobre su eje con la velocidad de 100.000 millas por día, y la tierra con la velocidad de 25.000 millas. Existe un principio en la ciencia eléctrica según el cual, dos cuerpos moviéndose ó girando uno al lado del otro, excitan y ponen en movimiento corrientes eléctricas. Este mismo principio es aplicable á los cuerpos celestes aunque en mayor escala, luego, á consecuencia de aquella doble rotación, grandes corrientes eléctricas van y vienen por el espacio, instantáneamente, invisibles y libres á través de 93.000.000 de millas de frío y de obscuridad.

Hay otro principio que nos dice que si un cuerpo susceptible de una excitación eléctrica se coloca dentro de una corriente, se verá dotado por ésta de una fuerza eléctrica. El sol y la tierra forman partes constituyentes del circuito *terrestre-solar* y concurren juntos á la formación de fuerzas eléctricas. Las corrientes del circuito *terrestre-solar* hallan su primera resistencia en nuestra atmósfera, sin la cual las corrientes eléctricas del sol permanecerían invisibles, sin fuerza, y no habría en la tierra ni luz ni calor.

En la colisión que se verifica entre esas corrientes y la atmósfera, ambas adquieren cierto grado de calor y de luz; la atmósfera cumple entonces la función de un inmenso carbón aéreo y por consiguiente al paso de las corrientes solares engendra el calor y la luz en la superficie de la tierra. Cada una de las cien millones de estrellas está rodeada de semejante atmósfera y gracias á lo que ésta se ilumina eléctricamente, se hacen visibles á la tierra y á los demás astros.

Las corrientes eléctricas no pueden pasar de una estrella á otra ó de un átomo á otro si no existe un circuito. Las corrientes solares después de haber excitado nuestra atmósfera en calor y en luz, penetran en el interior de la tierra y desarrollan su calor de lava y sus efectos de gravedad. Así es, pues, como la gravitación que mantiene las estrellas, es simplemente un fenómeno eléctrico debido á los efectos retroactivos entre el sol y la tierra y de estrella á estrella á través del universo.

De la tierra, estas corrientes vuelven al sol, en su inevitable circuito, y producen en este astro idénticamente las mismas funciones que en la tierra, y por la resistencia que encuentran en el sol, provocan en su atmósfera el calor, la luz, la gravedad y otros efectos eléctricos. Véase, pues, como la tierra con sus movimientos, contribuye á calentar y alumbrar el sol, lo mismo que éste lo hace con la tierra, cada uno en proporción de su masa y de su velocidad. Los planetas y sus satélites contribuyen también á este aprovisionamiento del sol.

H. R. ROGERS.

EL MISTERIO DEL SUEÑO

Lo que la Ciencia no puede explicar

El hecho primero que se observa en el sueño es que la suma total de nuestras energías mengua; ó, como dice el Dr. Wilson, «la máquina viviente merma y retrasa su actividad, y reduce sus fuegos de manera que sus pulsaciones resultan suficientes, nó para una labor actual, sino tan solo para mantener pasivamente cierto flujo de fuerzas en el organismo.» Difícil fuera asegurar si esa reducción del funcionamiento de las fuerzas corporales es la causa del sueño ó si es sencillamente un fenómeno concomitante. Hay en *The Ancient Mariner* un bello pensamiento según el cual el sueño es «una influencia santa que desciende del cielo.» Es de suponer que la Ciencia no quiera prestar oido á tal aserto, por más que no sea él incompatible con la idea de que pueda prepararse el sueño por mediación de las fuerzas corporales. La aserción científica sería: que se origina una dislocación general de las moléculas; pero esto no nos saca de dudas, porque los movimientos de las moléculas resultan ininteligibles como expresión última del porqué las cosas son de ésta ó de la otra manera. Durante el sueño, languidece el trabajo de las glándulas que no se sienten estimuladas á secretar de la sangre

tantos productos; y es el hecho más notable la alteración de la temperatura. La temperatura del cuerpo humano elévase en ascensión rápida desde las 6 hasta las 10 ó las once de la mañana, aumenta más paulatinamente desde esas horas hasta las 6 de la tarde, y después comienza á descender hasta llegar á su *mínimum*, á las 4 de la mañana aproximadamente. Es muy probable, dicho sea de paso, que sea esa la hora en que con más frecuencia se cojen en la cama los refriados, especialmente por los que suelen tener el sueño inquieto, quienes, descubriéndose, se encuentran parcialmente desabrigados en la hora precisa en que el cuerpo necesita mayor protección contra el frío. En tal hora, además, toda función de los tejidos está reducida á su mínima expresión; el funcionalismo todo de la máquina, en una palabra está en su ínfimo estado de actividad. El cerebro está más torpe, el aspecto de las personas, hasta el de las más rudas, parece más pálido, es más notoria cierta semejanza con la muerte, en términos que llega á parecernos natural que se hable de una persona muerta como de quien está dormido, y decir con Shelley en «La reina Mab:»

«How wonderful is Death—
Death and his brother, Sleep.» (1)

Pero toda esa ciencia, por util é interesante que pueda ella ser, deja el misterio en pié. Vemos claramente qué fenómenos fisiológicos acompañan al sueño; pero el sueño en sí mismo ¿qué es? ¿Qué sucede al alma momentos antes tan activa y sumida después en un quietismo tan silencioso como el de la muerte? ¿Será que la misma alma duerme? Como el cuerpo ¿necesita también ella, reposo? ¿Qué es de las fuerzas mentales y morales del alma cuando nos domina el sueño? Será que, libre de los lazos de tiempo y lugar, le es dado, á la sazón, visitar «*los mundos no realizados.*» ¿Qué son los extraños fenómenos de nuestros sueños en los que sucesos ordinarios de la vida palpablemente conexionados con otros de nuestra existencia cotidiana aparecen ó mezclados con otros no igualmente conexionados, ó vueltos de arriba á abajo y presentados de un modo fantástico é ininteligible y que, sin embargo, parece natural? En tales momentos ¿existe en nosotros plena y normal conciencia de lo que en nosotros pasa? Difícil es creer tal, porque ¿cómo explicar lo imposible, lo incongruente del sueño? Y, sin embargo, algo debe subsistir de nuestra conciencia en casos tales porque, de otro modo, no podríamos recordar el sueño, al despertar. ¿Y qué diremos de esos raros, aunque bien comprobados sueños, en los que el durmiente vé con la más viva intensidad un acontecimiento futuro? Si en el estado de sueño, somos completa y normalmente conscientes, funcionando el cerebro en su forma usual, puede suponerse que el funcionamiento de sus células conectadas sea más vigoroso que de costumbre bajo el impulso de una labor tan activa; sin embargo, se nos dice que el estado de sueño en que se encuentra la persona en quien tales fenómenos se realizan, es debido al aquietamiento, al reposo de esas mismas células. ¿Es posible, pues, que durante el sueño, sean cuales fueran los fenómenos físicos que le acompañen, se encuentre el alma aunque no sea más que en parte, libre, siéndole inútiles durante ese tiempo, las células, como órganos funcionales? ¿En el estado de *trance* se efectua de un modo aun más completo esa liberación ó desprendimiento? ¿Es la muerte la liberación final y completa?

Nada sabemos: quizá no lo sabremos nunca; pero, á nuestro entender, el problema del sueño no podrá ser resuelto jamás en el terreno meramente material.

Todos los problemas científicos nos remontan siempre á los misteriosos problemas del espíritu.

Traducido del inglés por
José E. Corp.

(The Harbinger of Dawn.)

(1) ¡Cuán maravillosa es la Muerte!
—La Muerte y su hermano el Sueño.

PENSAMIENTOS

La muerte es la perfecta igualdad, y también la libertad completa.

—

Cuando baje al sepulcro podré decir como muchos otros: «He concluido mi tarea»; pero no podré decir: «he terminado mi vida». Mi tarea empezará de nuevo al siguiente dia.

Víctor Hugo.

SECCIÓN LITERARIA

¡UN CUADRO TRISTE!

I

Hace pocos días que me asomé á la ventana de mi gabinete por la mañana muy temprano y me llamó la atención una niña de 8 ó 9 años vestida de luto que se hallaba sentada en el bordillo de la acera de enfrente, delante de una *Caja de préstamos*, cuya puerta aún estaba cerrada y en el umbral de la misma, había un pequeño lío de ropa envuelto en un trapo blanco. La niña volvía la cabeza continuamente para vigilar sin duda el envoltorio que iba á dejar en la Caja de préstamos, ó sea el Banco de los pobres, la cueva donde mana de continuo la fuente de las lágrimas de tantos y tantos desheredados, que viven muriendo y acuden para calmar momentáneamente el hambre que los devora á esos Centros sombríos donde la usura más despiadada les hace pagar ciento por uno, por la exígua cantidad que les entrega.

No sé por qué me impresionó tanto aquella niña enlutada, sola en medio de la calle ante la Caja de préstamos, á una hora tan temprana, pues era el amanecer. ¡Cuánta miseria representaba aquella pobre niña esperando con impaciencia que se abriera la puerta de aquel ántro!... Me retiré de la ventana llena de angustia y como el abismo atrae, me volví á asomar para mirar á la niña que seguía en el mismo sitio. Si me hubiera dejado llevar de la emoción que me dominaba, hubiese salido á la calle para hablar con la niña, pero me contuve, temiendo profanar aquel secreto de la miseria, y me retiré de la ventana tan pensativa y tan preocupada, que la imágen de la niña vive en mi memoria; cuando me acuesto me duermo pensando en ella y al despertar la vuelvo á ver á la luz del crepúsculo matutino. ¡Pobrecita! á la hora en que los niños duermen con más reposo, ya estaba ella en la calle para empeñar quizá las últimas prendas de ropa que hubiera en su casa.

Tanto pensar en ella, me ha hecho comprender que algun espíritu me quiere decir algo, y agradeciendo mucho la comunicación que quieran darme, me presto gustosa á copiar lo que me diga el espíritu que se asocia á mi obra de investigación.

II

«No te has engañado al suponer que un ser de ultratumba estaba cerca de tí; yo iba acompañando á la pobre niña que tanto te impresionó; la compasión que sentiste por ella me fué tan grata, te agradecí tanto el interés que te inspiró su infortunio, que desde entonces no te he dejado, porque aquella niña es muy querida para mí; en mi última existencia fuí su abuelo y esperé su venida con verdadero regocijo; es una historia vulgar de esas que pasan completamente inadvertidas, pero que no por eso dejan de ser muy interesantes.

»En mi última existencia viví tranquilo, fuí pobre y honrado, (que otras veces no lo había sido), tuve una esposa sencilla y humilde; un hijo alegró nuestro hogar y los días festivos salíamos los tres al campo y corríamos como niños traviesos después de haber trabajado penosamente toda la semana. Cuando más contento estaba de mi compañera, ésta se murió repentinamente dejándome tan triste y tan desemparado, que á no ser por mi hijo, que ya tenía 16 años, creo que hubiera puesto fin á mis días; la soledad me aterraba, pero mi hijo era tan cariñoso y tan bueno, que consiguió reanimar mi abatido espíritu. Mi hijo, desde ni-

ño se había enamorado de otra niña como él y habían concertado casarse cuando él cumpliera veinte años; su prometida era una criatura angelical, con mi viudez se aceleró el casamiento, y el día que cumplió mi hijo 18 años, se unió con su amada y en mi humilde hogar todo volvió á sonreir. Eramos completamente felices, mi hijo y yo éramos albañiles, tan diestros y tan acreditados que nunca nos faltaba trabajo y éramos la envidia de cuantos nos conocían; mi nueva hija, hacendosa y trabajadora, nos cuidaba muy bien y cuantas veces comíamos en medio de la calle, éramos la admiración de nuestros compañeros, por nuestras alegres carcajadas y nuestro voraz apetito, ¡cuánta felicidad!... ¡cuánta alegría!... Solo una nube había en el cielo de nuestro hogar, yo quería una nietecita y la niña no venía, mi hijo también deseaba que Dios bendijera su matrimonio y pasaron dos años sin verse cumplidos nuestros deseos, cuando una mañana me habló mi hijo al oído y yo lanzé un grito de inmensa alegría ¡iba á ser abuelo!... Desde aquel momento indiqué la conveniencia de hacer algunas economías en gastos supérfluos para comprarle á la niña una canastilla preciosa. Mis hijos se reían de ver con la seguridad que yo les decía: Será una niña. Ya veo sus ojitos azules y sus cabellos rubios. Y efectivamente, la veía despierto y dormido, me parecía que ya la mecía en mis brazos, tenía yo más afán que mis hijos por prepararlo todo, y mucho antes del plazo señalado nada faltaba para recibir á mi nieta. Mi hija era fuerte y muy sufrida, así es, que una mañana salimos mi hijo y yo como de costumbre para ir á trabajar y ella nos despidió sin decir que no se encontraba bien; era la prudencia personificada. Mi hijo y yo subimos á un andamio muy alto y yo pensando en mi nieta, viendo su carita blanca y sonrosada y sus ojitos azules, dí un paso en falso, mi hijo lo vió, corrió á sujetarme y lo arrastré en mi caída, quedando muertos en el instante que nuestro cráneo chocó contra las piedras de la calle. Mi hija entre tanto comenzaba á sentir los primeros dolores de su alumbramiento, y como las malas noticias le han disputado siempre al viento su velocidad, alguien le dijo á mi hija que su esposo y su padre habían muerto cayendo del andamio; la infeliz hizo un esfuerzo supremo para dar á luz á su hija y quedó muerta, y aquella niña tan deseada, tan querida antes de nacer, con tanta ropita primorosamente hecha, con su cunita de mimbres llena de cintas y encajes, al abrir sus ojos azules no vió más que semblantes extraños aterrados entre tanta desventura.

»Una pobre mujer de la vecindad se hizo cargo de la huerfanita, y la cuidó con verdadera piedad; pero era tan pobre... que la ropita de la niña la fué vendiendo, lo mismo que su cuna y los demás muebles de la modesta casita para pagar religiosamente á la nodriza; y la niña tan esperada y tan deseada ha vivido siempre viendo apuros y miserias; en la actualidad su madre adoptiva está enferma y apuran los últimos recursos para no ir al hospital; la buena mujer cree cumplir con un deber vistiendo de luto á mi nieta y la pobre niña nunca se ha visto engalanada con esos vestidos propios de la niñez. No pasa día que no reze tres padre-nuestros uno por su madre, otro por su padre y otro por mí... ¡por mí! que desde que me dí cuenta que había dejado mi cuerpo en medio de la calle, no me he separado de mi nieta, cuyo espíritu y el mío, hace muchos siglos que parece que están jugando al escondite, nos esperamos el uno al otro con amorosa ansiedad, y en el momento de cumplirse nuestro vehemente deseo, cuando nos vamos á enlazar con el mas dulce de los abrazos uno ú otro

huye presuroso para seguir deseando lo que no puede alcanzar.

»¡Todo es justo! el que no ha respetado el cercado ageno, el que ha labrado la infelicidad de familias humildes que vivían tranquilas ignorando que hubiera ladrones de honras, no merece ser dichoso, ni mi nieta ni yo merecemos serlo por ahora; y bien haces en compadecer á las niñas enlutadas, por que nada más triste que ver á los niños envueltos con negros crespones. La niñez es un paréntesis entre el pasado y el porvenir, es un momento de reposo para el espíritu fatigado, y cuando ese reposo no se encuentra ¡cuán dignos de compasión son esos pequeños peregrinos que van cruzando la tierra pisando punzantes abrojos!..

»No puedes imaginarte cuánto he agradecido la simpatía y la compasión que te inspiró mi nieta; en mi tienes un amigo más en el espacio ¡y es tan bueno tener amigos! Tú jamás estás sola, cuando te crees más abandonada, cuando miras en torno tuyo y solo ves las acacias de tu jardín ¡si vieras cuantos espíritus están contigo!... Tú en esta existencia has compadecido mucho y cada ser que has compadecido es un compañero que no te deja en tu penosa peregrinación. Tus angustias por el día de mañana, tus melancólicos recuerdos que como dolorosa herencia te han dejado tus días sin pan y tus noches sin sueño, tus pesares, tus presentimientos angustiosos, todo cuanto te mortifica, es motivo de contrariedad para tus amigos invisibles; ellos quisieran que en tus labios se dibujaran las sonrisas de la esperanza, de la completa certidumbre en un mañana lleno de luz, pero si así fuera, no te herirían las espinas de tu expiación, por eso tienes que dudar, por eso tienes que temblar de espanto ante lo desconocido, porque el que espera con el completo convencimiento que no volverá á *caer*, ese tiene la felicidad del justo y no es la tierra mansión destinada para los seres felices. *El crugir de huesos y el rechinar de dientes,* es el patrimonio de los espíritus que encarnan en la tierra, cada uno sufre su condena más ó menos dolorosa, pero condena al fin.

»Siento un gran placer comunicándome contigo, y no será esta la última vez que te inspire.—Adiós.»

III

Muy grata me ha sido la comunicación de mi nuevo amigo del espacio, ¡está mi alma tan sedienta de cariño! ¿y cómo no estarlo? si hace 40 años que me quedé sola en la tierra sin más patrimonio que un pasado (indudablemente borrascoso) y un presente dolorosísimo. Me dicen que se compadecen, no es extraño, ¡he llorado tanto! ¡he vivido tan contrariada!... y en los últimos días de mi actual existencia hay tanta sombra y tanta soledad! será esta sombra y esta soledad aparente, ya que muchos espíritus me han dicho que nunca estoy sola, pero yo no los veo, y en la tierra se necesita ver y tocar los objetos para convencerse de una verdad; los discípulos de Santo Tomás son muchos indudablemente. Gracias que las enseñanzas de los espíritus han venido muy á tiempo para evitar muchos suicidios, muchas resoluciones violentas é innumerables desaciertos.

Yo le he debido á los espíritus no caer de nuevo en el abismo insondable de la desesperación.

¡Bendito sea el Espiritismo! con sus consuelos, con sus esperanzas, con sus verdades y su progreso indefinido!... ¡no hay réprobos! ¡no hay malditos! ¡no hay desheredados! ¡no hay más que trabajadores, trabajando en las *minas* del infinito!

AMALIA DOMINGO SOLER.

¡HAY MAS ALLÁ!

¿Lloras? Del fondo de mi pecho brotan
tormentas de amargura,
y ya las fuerzas de mi ser se agotan
en la contienda dura.
Soñé dichas y hallé tristes dolores;
soñé paz y hallé guerra.
Goces, grandezas, ambición, amores,
¿quién me dará en la tierra?
Yo, como el ave que perdió su nido,
triste viajero errante,
cruzando voy por la extensión perdido,
doliente y anhelante.
Voy cruzando por ásperos caminos,
y en mi suerte contraria,
no encuentro ni un arroyo cristalino,
ni palma solitaria.
Hiel es, no llanto lo que el alma vierte,
perlas de su tesoro;
herido llevo el corazón de muerte.
¡y preguntas si lloro!...
Dijo el alma, y entonces voz suave
vibrando en torno va:
—El que sabe sufrir su dicha sabe,
Alienta: «hay más allá.»

F. D. C.

CARTAS Á X.

CARTA V

M. y

Hermano mío: He recibido tu carta del 29 del próximo pasado mes. He estado algunos días en B., para visitar una hermosa quinta—*Mas*—como en este país la llaman, propiedad del Marqués de S., diputado á Cortes, y por esta causa no la contesté antes.

¿Cómo te encuentras de salud?... Cúidate mucho, mi buen X... Calma la agitación del espíritu, para que no se resienta la miserable capa del cuerpo.

Me encuentro estos días en uno de esos periodos en que todo lo miro con un desden profundo... Hace pocas horas escribía en mi cuaderno de *Memorias.*

«El mundo es para mi un cuadro de distintos colores, que pocas veces se anima. Le conservo en la galería de mis recuerdos y muchas veces doblo el lienzo y le oculto en el bolsillo interior de mi levita. Camino por ese mundo sin hacerle gran caso.»

Ya comprenderás por esas frases que mi corazón duerme profundamente.

He intentado varias veces avanzar algo en mi camino, pero me rindo: llego á la primera posada y al mudar el caballo, lanzo la fusta, dejo la tartana valenciana, enciendo un puro, me siento, cruzo las piernas á lo turco y me quedo al fin dormido.

Para una de las pocas cosas para las que no tengo pereza es para quererte.

Dedícote hoy mi tiempo, quitas de mi frente la pereza, y tu lo agradecerás. No hagas caso ni de mis delirios, ni de la rareza de mi escrito. Acéptalo con cariño y déjame soñar.

—

¡Qué hermoso debe ser el primer sueño que se disfrute bajo la protección de un mundo que al tener la vida de la eternidad, no se registra en su historia un recuerdo que mortifique, una lágrima que desespere, un suspiro que lastime, un desengaño que enferme!!... Dios presidirá los sencillos placeres de las sombras blancas que canten su bondad y su poder, y su copa de ambar, en bálsamo del olvido, bañará con sus perlas y perfumes el aire que respírese al amparo de su trono inmortal.

—

No te he referido mi buen X., lo que me ha ocurrido en mi expedición á B., pueblo distante de M., unas tres horas, y voy á hacerlo ahora mismo.

A las siete de la mañana salí en una tartana que iba á esperar á una familia de Tarragona que venía á residir en B. Acompañóme en esta excursión la señora de P., y su jóven y graciosa hija, hermosa niña de dieciocho años.

El caballo trotaba bien y muy en breve atravesamos la primera legua, llegando al bonito y pintoresco pueblo de T. célebre por contar en su seno las tan históricas ruinas del *Poblet.*

Yo iba al lado de una mujer que me inquieta, á la que profeso un sincero cariño y á la sola idea de que muy pronto debo separarme de ella, tal vez para siempre, mi alma se aflige, y los goces de esa expedición tan grata, iban nublándose con las torpes ideas del pensamiento.

Esa es mi desgracia. Me aproximo á lo

que debiera huir: dejo al corazón que desbórdese y al mismo tiempo levanto el látigo que le castiga.

Seguimos marchando y al fin llegamos á B., y nos hospedamos en una casa de dicho pueblo, colocándonos en dos habitaciones con vistas al campo.

He estado ocho días, y durante ellos he visitado detenidamente la magnífica posesión del Marqués de S., cuya visita era, como ya te he indicado al principio de mi carta, el único objeto que á B. me traía.

La noche siembre ha de tener recuerdos para mi corazón. Era la del siguiente día de nuestra llegada á B.

Yo tenía á mi lado á la hermosa niña en la ventana que daba al campo. Su cabello suelto venía sin cesar á mis sienes; sus hermosos ojos negros y rasgados, estaban fijos en mí con esa mirada inocente, dulce y franca de sus dieciocho años; su vestido era una bata clara, suelta y yo veía su garganta, blanca y suave como el pensamiento de un niño... ¡Oh! yo debí ser muy dichoso en esa noche, si no tuviera tan gastado el corazón, si no hubiera tantas sombras en mi vida.

El cielo estaba cubierto por negras y horribles nubes. La tormenta presentábase por la parte de Francia y los relámpagos que con frecuencia desprendíanse de aquéllas, hacían destacar entre la pavorosa obscuridad de aquella noche la figura de la joven y la mía. El pobre ángel á cada exhalación de fuego, á cada estampido ronco del trueno, aproximábase á mí, me abandonaba sus manos y me arrojaba el perfume de sus cabellos...

—

Al regresar á M., al encontrarme solo en mi casa, sin más familia y amigos que mi pluma y sin más ser viviente que mi luz, reuní todos mis pensamientos y con la amarga sonrisa del incrédulo, puse en mi cuaderno de *Memorias:*

«¡Quién sabe si esta mujer me ama!»

Yo he recibido desengaños que enfermaron mi alma y dañaron mi razón, cuando era casi un niño.

¿Mi L., la madre de mi hijo, no recibía las caricias de otro hombre, en los mismos instantes en que yo abrumado por el dolor de una desgracia, que era suya, cubría el cuerpo inerte de su padre con el hábito de la orden de Calatrava, y encendía los fúnebres hachones de la primera noche de su descanso?... ¡Oh! ese desengaño emponzoñó el resto de mi vida.

Apagué la luz y me quedé dormido.

—

Algunas horas han transcurrido desde que empecé á escribirte mi carta.

¡Fatal viaje á M., mi querido X., fatal viaje!

Mi corazón enferma por momentos y mi vida pasa casi suspendida de los cabellos de una mujer. Tienes razón: mi síno es dejar marcado con un sello especial el terreno que piso. Síno enojoso por cierto.

Yo debo salir de aquí y no sé cómo desasirme de la atmósfera que me rodea.

Ha sucedido lo que naturalmente me había de pasar. En esta peregrinación que no ha sido hija de mi voluntad, ni de mi deseo, era casi providencial que encontrara una mano que se cruzase con la mía; un cariño que despertara la necesidad que sentía de querer, de que se me considerase, en fin.

Pude defenderme en Madrid porque tenía tu amistad y tus consejos; aquí, estoy aislado con la ardiente calentura de todos mis sueños, de todos mis delirios. Pero no temas: sabré atravesar sereno la borrasca, y el resultado será un recuerdo más que mortifique, un remordimiento más en la historia de mi vida.

Yo tengo distintos deberes que cumplir y los cumpliré. Hay otra mujer que tiene más títulos á mi consideración y á mi ternura, y me presentaré á ella con los pobres sentimientos que pueda conservar mi alma, después de tantas luchas.

Esa familia es responsable ante Dios de todo, todo lo que suceda.

Te escribo bajo la impresión de mi última aventura y no extrañes la agitación de mis palabras. Es la una de la noche y todo son sombras; mañana lucirá el sol y yo estaré más sereno y acaso mis pensamientos sean distintos también.

Mañana volveré á enrollar el mundo guardándole en los bolsillos de mi levita: ahora, en estos momentos estoy sentado al hogar de las pasiones, y no tengo el poder de batirme frente á frente con las ilusiones y las mentiras.

Perdona mi carta. Yo necesito hablarte; es fuerza que te escriba lo que pasa por mí, lo que siento.

¿Verdad que causa risa lo que ocurre siempre á tu pobre amigo?... *¡Foc de Deu!* como dicen en este país, ¿cuándo disfrutaré de sosiego?... Mis historias no concluyen jamás: cada día escribo una página con complicaciones nuevas; pero, ¡qué complicaciones mi amado X!...

No te impacientes. Es muy tarde y voy á despedirme de tí. ¿Te quejarás de lo *lacónico* que te escribo?

Mi asunto de secretaría vá bien; tengo fundadas esperanzas de lograrlo.

Adiós, mi buen X., te quiere mucho tu hermano

Z.

LA BUENA REINA

Cuento legendario

Allá en los buenos tiempos, había en un pueblo una buena reina. Su deseo era consolar todas las tristezas y las miserias que veía en este mundo pero á medida que hacía ella el bien, parecían aumentar los infortunios todavía. Sus riquezas no bastaban para consolar á los pobres todos. Sus palabras eran impotentes para arrojar de ciertos corazones el dolor, y sus manos no lograron nunca volver la salud á los enfermos. Entonces pensó la buena reina que Dios no podía haber querido que el mundo estuviese tan lleno de miserias irremediables; imaginóse que la humanidad estaba destinada á ser feliz... lo único que faltaba descubrir era el camino.

***

Un día, entró en un templo y rogó á Dios, con tan intensa devoción como nunca lo había hecho, y deseando ver cumplido su ruego, sin pensar en lo que podría acaecerle si Dios la escuchaba. He aquí la oración que hizo aquella buena reina: «¡Oh! Señor, haz que pueda yo consolar á los que sufren, aunque tenga que llevar toda su carga yo misma!» Con esto salió de la Iglesia, pensando si habría Dios escuchado su ruego, pues parece á veces que no nos escucha Dios. Pero, sin más tardar, aquel mismo día pudo ver la buena reina que era atendida su súplica.

Encontró á su paso á un pobre niño que conducían en una silla de ruedas, pues jamás había tenido fuerza en sus piernas para andar por sí mismo. Ella lo conocía desde hacía tiempo y lo amaba con toda la fuerza de su corazón. Según otras muchas veces lo hizo, la buena Reina se fué hacia él, estrechó una de sus descarnadas manos y le habló, con su melodioso acento, de su próxima curación. Los ojos del niño parecían agrandarse á medida que hablaba la Reina, al paso que ésta sentía como si aquella intensa mirada del enfermito le fuese robando todas sus fuerzas, de tal modo que sentíase desfallecer... De pronto, el pobre niño púsose en pié, y exclamó como si estuviese soñando: «Creo que puedo andar solo!» Bajó luego de la silla y se fué andando, como si no hubiese cojeado en su vida. La Reina quedóse sonriendo á la vista de una dicha tan grande. Se fué á su casa, y durante muchas días y muchas semanas estuvo enferma, sin poder dejar el lecho, como paralítica. No quiso, sin embargo, los auxilios de médico alguno, diciendo que pues Dios se la había dado, Dios le quitaría la enfermedad cuando quisiese. Y en efecto, sucedió así. Desde entonces, la buena Reina sufrió sin cesar, ya de una dolencia ya de otra. Fué ciega, sorda ó muda y se vió atacada por toda clase de fiebres malignas; más, para salir más jóven y más hermosa, como glorificada, de cada una de las durísimas pruebas porque pasaba. Nadie la oyó jamás pronunciar ni una sola palabra de queja. El milagroso poder que tenía de curar las enfermedades fué pronto conocido hasta en los países más lejanos, y las gentes le suplicaban que calmase sus sufrimientos, sin tener la menor idea del inmenso sacrificio que con ello le imponían. Corría el rumor, empero, de que la Reina se exponía á contagios de todas especies, sin querer nunca tomar la menor precaución para evitarlos, y menos aun cuando se trataba de pobres niños. Su pobreza fué bien pronto otra de las pruebas en que Dios la puso.

***

Era ingeniosa para procurar trabajo á los demás, pues ella hacía ya tiempo que nada tenía que dar, viéndose hasta obligada á privarse del más insignificante lujo, y aunque su marido, que mucho la amaba, la ayudase frecuentemente con sus propios recursos, acabó por ser tan

pobre como lo fué en otros tiempos Santa Isabel, sin más que un solo vestido para ponerse. Mientras tanto, su nombre era bendecido mil veces; las gentes venían á verla, lo mismo de lejanos que de cercanos países. Todo el mundo quería tocar sus manos, gozar en una de sus espléndidas miradas, que parecían iluminar el espacio y calmar los dolores de los que sufrían. En torno suyo respirábase una pura atmósfera de paz y de felicidad tan inefables que llegaron á sentir su encanto aun aquellos que al principio mostráronse más escépticos. Nadie al fin resistió á la dulce influencia que emanaba de toda su persona.

Pero lo que más duro fué de soportar, lo que la llenó de negra desconfianza, fué el ver que mientras ella esforzábase por hacer que la paz reinase, las malas lenguas procuraban herirla, aun dentro de su propia casa. Esto le hacía casi olvidar las miles de bendiciones que su milagroso poder le valiera.

La buena Reina lloraba en silencio. Pronto, sin embargo, las nubes disipáronse de nuevo, y comprendió que estaba condenada á tomar también sobre sí los sufrimientos espirituales de los demás. Desde este punto, su paciencia se hizo inagotable. Y las gentes olvidábanse que habían mal hablado de ella y que la habían tratado indignamente, imaginándose que la habían siempre venerado, que nunca la atacaron ni blasfemaron de ella, mientras ella tristemente sonreía pensando en todo esto, allá, en la solitud de su corazón.

Fué para ella una prueba muy singular la de tener que sufrir los remordimientos de una conciencia culpable, como si hubiese cometido ella misma un inmenso crimen; y esto le sucedía cada vez que volvía al camino del bien á alguno que fuese á sucumbir ó que hubiese ya sucumbido á una mala tentación. Esto era muy fuerte, pues ella sentíase libre de toda falta, y sin embargo su corazón latía con violencia, como movido por una mortal agonía. Sólo en algún momento tenía conciencia que no era esto otra cosa sino un estado transitorio de su espíritu, semejante á otros que había ya experimentado; pero lo cierto es que eran muy grandes sus sufrimientos.

*
* *

Recibió un día la visita de una pobre mujer.—Oh! mi amadísima, mi buena Reina, decía, mi hijo único está muriendo, y yo se que vos poseéis ciertas hierbas milagrosas que pueden curar, cuando ya no les queda á los hombres recurso alguno!

Sin la menor vacilación, la reina voló junto al lecho de aquel niño moribundo. Tenía ya casi los ojos cerrados, más pudo aun ver á la Reina, y esa sola mirada bastó para reanimar la llama ya casi expirante de su vida. La pobre madre se prosternó ante ella, y besó humilde sus pies, tomando luego en brazos á su hijo, ya salvado.

Al volver á su casa, la Reina no se sintió tan desfallecida como en otros casos parecidos, y sin embargo esperaba verse atacada de grave enfermedad, si no de muerte. Pero, cual no sería su dolor, cuando vió, al día siguiente, caer á su hijo gravemente enfermo, amenazado de una muerte tanto como rápida cierta. «Oh! Señor, Señor, clamó desesperada entonces, no me pidais este sacrificio, porque está muy por encima de mis fuerzas!» Pero sus ruegos fueron vanos; varios también sus cuidados y su experiencia. La luz de sus ojos era esta vez impotente... Su hijo hablaba alguna vez, pero muy confusamente, de ángeles hermosos y de flores, hasta que un día se quedó yerto y frío en los brazos de su madre, cuando ya no tenía ésta ni lágrimas para llorar, ni fuerzas para quejarse, consumido todo su ser por el dolor. Desde ese día pareció que su poder milagroso la abandonaba...

*
* *

Las gentes decían que había perdido la fe en sus misteriosas hierbas. En verdad, días muy negros aguardaban todavía á la pobre Reina. Maldíjose á sí misma y maldijo sus plegarias. Decía que por culpa suya era su marido, que ella adoraba, tan desdichado como ella misma. El mundo se le apareció negro y triste. Ya no vió más que la noche en torno suyo: ya no más suavísimas auroras, ya no más encantadores árboles, ya no más balsámicas florecillas, ya no más justicia de los cielos... todo lo que en otros tiempos había alegrado su corazón, todo había acabado. Ella que hasta entonces, para consolar á los demás, había sufrido contenta los peores males, ya no se sentía con fuerzas para alegrarse con la madre á quien había salvado un hijo de la muerte. Finalmente, un día, des-

pués de pasar muchas semanas torturada por el dolor y la duda, finalmente un día se durmió.

Y parecióle que la puerta de su cuarto se abría y que su hijo entraba por ella, sonriendo y envuelto por radiante luz. Sentóse junto á su lecho, le tomó una mano y en seguida el enorme peso de su dolor dejó de oprimir su corazón. El niño respiraba en perfumado aliento y ella se sintió llena de una inmensa alegría. Entonces el hijo suyo le habló así, con voz clara y sonora, como de vibrante campana:

—Madre, no lloreis! Me habeis dado una felicidad más grande que cuantas se puedan gozar en la tierra, ni siquiera en el más sublime de los amores, pues me habeis abierto el cielo; y se me ha permitido volver aquí, sin sufrimiento y sin pena, merced al sacrificio vuestro. Madre, no lloreis!. Yo estoy siempre con vos. Habeis sido culpable de grandísimo error, cuando os lanzásteis á la empresa de arrojar del mundo todo dolor. Porque el mundo es exactamente lo que Dios quiso que fuese: un breve paso de una existencia á otra existencia, más elevada y muy distinta de la que hemos llevado en la tierra. Tened paciencia, madre, que la hora de vuestra liberación está próxima, y yo estoy siempre cerca de vos, con todo mi fervor y toda mi fuerza. Podeis todavia consolar á los demás, puesto que teneis fé en otra vida, puesto que sabeis de cierto que hemos de vivir todos en otro reino. La muerte no existe: no es más que un renacimiento. Y si pódiais imaginaros, oh! madre, lo hermosa que es la otra vida, ya nunca más llorariais! Es necesario que la miseria exista, y con la miseria la injusticia y la guerra, pues son otros tantos medios de purificación, de mutuo auxilio y de misericordia. Por tanto, aquellos serán bendecidos que ayudan con todas sus fuerzas á los que sufren, y además, en voluntario sacrificio, dan todo lo que tienen que dar. Más, no han de poder por eso convertir el mundo en un paraíso. Esto no les es permitido, pues el mundo no es otra cosa que un crisol, que, según nuestro modo de ser, llamamos *infierno* ó *purgatorio*.

***

Con esto, la buena Reina despertó, y desde ese momento la paz reinó en su alma. Pudo continuar haciendo el bien, consolando las penas de los demás; pero hubo de renunciar para siempre á curarlas, y con esto vivió tranquila y satisfecha.

CARMEN SYLVA.

AGRUPACIONES

Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos

Dicha Sociedad celebró, el día 20 del mes que termina, la anunciada Junta general ordinaria preceptuada en su Reglamento.

Abierta la sesión á las cuatro de la tarde por el Presidente D. Jacinto Esteva Marata y después de leída por el Secretario habilitado el acta del anterior que fué aprobada, el Tesorero, D. Santiago Durán, dió lectura del balance del último trimestre y del general del año último que ofrece como resultado un *superábit* ó existencia en Caja de 21 ptas. 97 céntimos, el cual fué aprobado. Prévia invitación de la presidencia á los Sres. socios, para que nombraran una Comisión para el examen y comprobación de las cuentas y sus justificantes.

Seguidamente el Presidente hizo una reseña de los trabajos realizados por el Centro, durante el pasado año, entre los cuales recordamos las sesiones de desarrollo de médiums, la velada y suscrición á beneficio de los boers, los trabajos preparatorios para el Congreso de París, los exámenes, en el local del Centro, de los discípulos de la escuela laica á cargo de D. José Mollá, la velada en obsequio de los delegados al Congreso Espiritista y Espiritualista celebrado en París, la conferencia dada por varios redactores de *El Mundo Latino*, la fiesta infantil que tan gratas impresiones produjo y la sesión necrológica dedicada á los hermanos que desencarnaron durante el año.

También recordó la presidencia el ingreso del Centro «La Buena Nueva» de Gracia á la Unión Kardeciana de Cataluña, debido á las simpatías que ha logrado obtener el Centro Barcelonés de todas las Sociedades hermanas.

En representación de la Junta Directiva propuso la mesa la reforma del actual Reglamento, para subsanar algunas deficien-

cias que la práctica ha demostrado. Dada lectura de los correspondientes artículos y de las reformas propuestas fueron éstas aprobadas por unanimidad.

A propuesta de la presidencia se autoriza á la Junta Directiva para comprar, vender, acensar, ceder, cangear, edificar, en resúmen, poder tan amplio como en derecho sea preciso, para poder edificar ó adquirir un local para la Sociedad que reuna las condiciones que son indispensables; emitiendo al efecto, si fuese necesario, un número de obligaciones representativas del capital que deba invertirse; acordándose, además, por indicación de uno de los socios, que en el caso de no dar el resultado apetecido la citada emisión, dentro de un plazo prefijado, se reintegre á los interesados el importe de las obligaciones satisfechas. Por unanimidad se estableció el plazo de un año.

El presidente manifestó á los reunidos que dadas las múltiples atenciones que le imponen el cargo que desempeña y la perspectiva de nuevos é importantes trabajos relativos al Centro y á la Unión Kardeciana, cree que sería conveniente el nombramiento de un nuevo presidente. A dicho fin presentó la dimisión de su cargo y, apesar de la oposición de varios socios, se retiró de la mesa que ocupó seguidamente el vicepresidente D. Eduardo Pascual.

Invitados los socios para emitir su parecer respecto á la dimisión del presidente, se acordó por unanimidad no admitirla y otorgarle un voto de confianza, después de algunas consideraciones expuestas por varios socios recordando los grandes servicios prestados por el Sr. Esteva al Centro Barcelonés y á la causa del Espiritismo en general.

A propuesta de uno de los socios se dió un voto de gracias á los demás miembros de la Junta directiva. El Sr. Esteva, dió las gracias por el voto de confianza que se le había concedido, al cual dijo procuraría corresponder con sus actos.

Procedióse á la elección de los vocales de la Directiva que debían llenar las vacantes anunciadas, actuando en dicho acto por acuerdo unánime los mismos socios que formaban la mesa y además D. Felipe Villaverde para el escrutinio.

La votación fué unánime y fueron elegidos por sesenta y un votos los Sres. siguientes:

D. Francisco Ballesteros
D. Agustín Brunet
D. José Pedrola
D. Juan Grau
D. Ramón Latorre
D.ª Teresa Xirau
D. Manuel Mundo
D. Vicente Serra
D. Felix Pascual

El Presidente dió las gracias á los socios en nombre propio y de la nueva Junta; manifestó que seguirá trabajando con la misma fe y entusiasmo, que hasta ahora, en pró de las doctrinas espiritistas y del progreso del Centro, entendiendo que con ello no solo cumplirá con su deber y corresponderá á la confianza y al afecto con que se le honra, sino que obedecerá á sus propios deseos y aspiraciones.

A las seis y media de la tarde concluyó la sesión que acabamos de reseñar.

*
* *

Don Francisco Arques

Nuestro distinguido amigo y hermano en creencias, el director de la importante Revista *La Revelación*, de Alicante, nos ha remitido la carta que insertamos y que agradecemos en lo mucho que vale, expresión de sus bellos sentimientos y de su proverbial modestia.

Alicante, 29 Diciembre 1900.

Sr. D. Jacinto Esteva,
Presidente del Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos.
Barcelona.

Muy querido hermano en creencias: En contestación á su muy atenta comunicación fecha 12 del que fine, cúmpleme manifestar mi grande, mi inmensa gratitud á la respetable Sociedad de que es V. digno Presidente, por la distinguida cuanto inmerecida distinción de que me han hecho objeto al honrarme con el título de «Miembro honorario» de la misma.

Empero no obstante, debo de hacer constar sin ambajes ni rodeos, que admito dicho nombramiento, no como la expresión de mi valimiento que bien poco significa—sin falsa modestia—sino como la demostración clara

y elocuente del profundo y fraternal amor que me profesan, el cual les ha hecho ver en mí méritos que estoy muy lejos de poseer.

Y suplicándole sea el intérprete de mis encarecidos afectos para con los dignos hermanos de ese benemérito Centro, me despido ofreciendo á todos mi nulidad y quedando como siempre suyo afmo. hermano en creencias,

q. b. s. m.
Francisco Arques.

***

De Francia

El ilustre Dr. Moutin nos escribe desde Boulogne la amabilísima carta que insertamos traducida á continuación, y á la que acompaña el interesante trabajo que con singular fruición verán nuestros lectores en el presente número de LUZ Y UNIÓN. Dice la carta, en lo substancial:

Boulogne Xbre 26 de 1900.

Sr. Presidente del Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos.

Sr. Presidente:

Tengo el honor de dar las gracias al Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos por el título que se ha servido conferirme y de reiterarle mi completa consagración á la causa espírita.

Sed, señor Presidente, mi intérprete para con todos nuestros hermanos españoles y especialmente permitidme salude á los delegados á nuestro último Congreso, etc.

Repito mis más expresivas gracias y recibid la expresión del más sincero cariño de vuestro afectísimo

Dr. Moutin.
Presidente de la *Société française d'étude des Phénomènes Psychiques.*

HOJILLAS SUELTAS

Al morir un hombre vive
si acá en la tierra murió
que en este mundo las penas
glorias para el otro son.

X. X. X.

Movimiento Espiritista

La Fraternidad

El número de Diciembre próximo pasado de este estimado colega de Buenos-Aires, á más de los retratos de William Crookes y Mr. León Denís, trae escogido y abundante material entre el que vemos con especial fruición un artículo firmado por nuestra ilustre colaboradora, la incansable propagandista del Espiritismo, Sra. D.ª Amalia Domingo Soler, á más de otros bellos trabajos literarios tanto en prosa como en verso.

***

Freya

La Revista quincenal de este nombre que se publica en Mercedes (Provincia de Buenos Aires), consagra sus primeras columnas á conmemorar el 9.º aniversario de la desencarnación de D. Pancho Sierra, el gran espiritista de la Argentina, el Fernández Colavida de los Argentinos. Inserta á continuación los discursos pronunciados ante la tumba del Sierra por los Sres. D. Manuel Otero García, D. Juan Rodríguez y D. F. Alori.

***

Revista Espiritista

De esta Revista hermana, del Estado do Rio Grande do Sul, llega á nosotros el número correspondiente al mes de Noviembre último. En su artículo de fondo que intitula «Os Problemas da Existencia» ofrece continuar una serie que, como su título indica, y hace ver el ya publicado, será sin duda interesante y trascendental estudio que nos proponemos seguir con la atención que tal plan merece.

***

Revista Espírita

La que con este nombre se publica en Porto Alegre (Brasil), correspondiente al mes de Noviembre último inserta un bien escrito artículo intitulado «Problemas de la existencia». Varias comunicaciones medianímicas con el lema «Coloboración del Espacio»; continua los trabajos «Uranografía» y

el titulado «Infalibilidad papal» y concluye con un extracto de la sesión celebrada el día 1.º del referido mes por la Sociedad espiritista Allán Kardec, de la cual es órgano en la prensa, dedicada á las almas que desencarnaron durante el año.

***

Le Spiritualisme Moderne

La Revista de este nombre en su número de 10 de Enero actual, inserta un bien escrito artículo titulado «L' Action Spiritualiste», un trabajo relativo á la eficacia de la oración, varias comunicaciones medianímicas, alguna de ellas notable, que traduciremos si podemos disponer de espacio suficiente, y otros originales entre ellos una hermosa poesía de Charmentier.

NECROLOGÍAS

Ha desencarnado, el día 24 de este mes, Esperanza Olivella y Soria, hija de nuestro estimado hermano en creencias y socio del Centro Barcelonés, D. Antonio Olivella y de D.ª Petra Soria.

Reciban el testimonio de nuestro afecto y felicitación por el acto civil celebrado con motivo del entierro, con nuestros votos para el progreso del alma desencarnada.

—

En Buenos-Aires ha desencarnado el consecuente espiritista Juan P. Quinteros después de sufrir una operación quirúrgica como último recurso para la afección de estómago que hace tiempo padecía.

Deseamos que pronto se haga la luz para el espíritu desencarnado.

—

Ha dejado la envoltura corporal, á la edad de 60 años, M. Delabraye, director del *Faro de Normandía,* que fundó hace 12 años en colaboración con M. Rossignen.

Esta estimada Revista desaparece con su director, para refundirse con el *Progrés Spirite,* de París.

Salve al espíritu desencarnado.

—

La Revue Spirite, da cuenta de la desencarnación de M. Francisco Vincent, consecuente espiritista que había presidido varias veces las reuniones generales de la Sociedad científica de Espiritismo y de M. Auguste Verreux, ingeniero de las minas de la Grand-Combre (Gard) y poeta notable.

Deseamos progreso á los espíritus desencarnados.

—

Nuestro amigo y hermano en creencias D. Quintín Garrido, presidente del Centro «Angel del Bien», de Madrid, nos participa la desencarnación de la socia de dicho Centro y antigua espiritista D.ª Nicolasa Rebenga, encargándonos supliquemos á todos los hermanos de la «Unión Kardeciana» una sentida plegaria para el pronto despertar del espíritu desencarnado.

Quedan complacidos nuestros amigos y unimos nuestros votos para el progreso del alma hermana.

BIBLIOGRAFÍA

En Puerto Rico ha comenzado á publicarse una Revista espiritista con el título de *La Propaganda Espírita,* bajo la dirección de D. José Reyes Calderón.

Saludamos afectuosamente á la Revista hermana.

***

Hemos recibido un ejemplar del *Boletín de Agricultura,* órgano de la Junta Central del mismo nombre que se publica en la República del Salvador (América Central) con un variado y bien escrito texto dedicado á la defensa de los intereses que su título indica.

***

La casa Lucien Bodin, de París (Quai des Grands-Augustins, 43) nos ha remitido un *Catálogo* que contiene gran número de obras en venta, relativas á Ciencias ocultas.

Agradecemos el envío.

VARIEDADES

UNA PROFECÍA

INGLATERRA Y FRANCIA

Durante el primer cuarto del siglo XX, ocurrirán grandes perturbaciones en Europa. Los gobiernos serán republicanos en su mayor parte; las monarquías constituirán escepciones. En el comienzo del primer cuarto del siglo, la reina Victoria desencarnará súbitamente. El príncipe de Gales ascenderá al trono para desaparecer poco después víctima de muerte violenta. Sucediéndole el duque de York, último monarca que reinará en Inglaterra.

La República se establecerá en aquel país dentro de los primeros quince años siguientes, en cuyo intervalo la Gran Bretaña habrá perdido las Indias, causando esta pérdida la declinación rápida de su poder.

Francia gozará de una paz y prosperidad relativas con su gobierno republicano, que alcanzará por lo menos un periodo de veinticinco años.

La Lumiere, que inserta esta profecía, la atribuye á un personaje de Washington, escritor y funcionario eminente.

TOMEMOS EJEMPLO

The Light of Truth nos hace saber que el Presidente de la *Association Nationale Spiritualiste*, M. Arrisson D. Barret, ha hecho en la Asamblea de fin de año celebrada el día 18 de Octubre último, votos de gracia especiales á tres generosos donantes:

M. J. D. Munger, que ha cedido á la asociación ciento sesenta áreas de terreno en Kansas; M. E. A. Smith, dos lotes en el Massachusset; M. Samuel F. Fronce, un octogenario, que ha ofrecido la suma 1800 dollars (9000 francos), ganados con el sudor de su frente en una vida de rudo trabajo.

No acertamos á felicitar bastante á los generosos donantes del uso que han sabido hacer de sus bienes.

Todo movimiento altruista debe ser calurosamente aclamado para que sirva de ejemplo á todos.

Y nosotros ¿á qué altura estamos? Poco á poco se va lejos...

EL GRILLO

El canto del grillo está sujeto á un ritmo regular, y su canto monótono sigue un compás riguroso.

Ese ritmo varía segun varía el calor. Y hasta ha llegado á afirmarse que el número de las manifestaciones sonoras del grillo en una unidad dada de tiempo, está en proporción tan directa con la temperatura, que se puede determinar el grado termométrico, sin ningún otro instrumento.

A 15 grados, el número de las vibraciones es de 80 por minuto; á 29 es de 120, de modo que se puede decir que por cada grado de temperatura, el grillo acelera el movimiento de su canto en 4 vibraciones por minuto.

El grillo es, pues, animal muy hábil y de raros méritos como indicador de las variaciones de temperatura.

¡Loor al grillo!

CRÓNICA

El socio del Centro Barcelonés D. Ramón Latorre, ha elaborado en yeso varios bustos de M. Allán Kardec, de un parecido notable, que ha ofrecido á beneficio de dicho Centro.

La Sociedad facilitará los ejemplares que se le pidan, mediante el importe de cinco pesetas cada uno, más los gastos de embalaje y envío.

Recomendamos á nuestros lectores la adquisición de dicho trabajo.

Tip. de J. Torrents, Triunfo, 4, Barcelona (S. Martín)